

RESEÑA DE LIBROS

GRANJA, José Luis de la: *Nacionalismo y II República en el País Vasco*, CIS / Siglo XXI, Madrid, 1986, 687 pp.

Los historiadores y politistas que se han acercado a la historia de la última centuria en el País Vasco han solido preguntarse, sobre todo, por el nacionalismo y, en menor medida, por el movimiento obrero, por la historia del socialismo. Campos importantes de nuestra historia reciente siguen siendo muy poco conocidos: el republicanismo vizcaíno o el guipuzcoano, ambos de importancia indudable, son, todavía, personajes en busca de autor. El Bilbao liberal (¿hubo alguna vez, por cierto, un Bilbao liberal?) que soportó dos cercos carlistas, que cantaba cada dos de mayo aquello de «somos liberales / y derramaremos / toda nuestra sangre / por la Libertad... / ... Por la Libertad», y cuya importancia se refleja tanto en el republicanismo como en un cierto socialismo "bilbaíno", que no ha despertado especial interés entre los investigadores.

Hay quien dice que se investiga lo exótico o distinto: de ahí los estudios sobre socialismo y nacionalismo realizados en el último franquismo. Si la regla es tal, es posible que pronto comience la búsqueda de aquellos eventuales partidos laicos y tolerantes. Quizá sea José Luis de la Granja un avanzado en estas investigaciones al plantear como objeto central de su libro *Nacionalismo y II República en el País Vasco* el análisis de Acción Nacionalista Vasca (ANV), primera manifestación mínimamente estable de un nacionalismo no confesional, crítico del derechismo del PNV, orientado a alianzas con republicanos y socialistas, superador del fuerismo y propugnador de fórmulas autonómicas en que las provincias tuvieran un papel limitado, de un nacionalismo que deja de hablar de los fueros como elemento legitimizador y define su razón de ser en algo no exigido por la historia y/o la naturaleza, sino derivado de la voluntad, en el derecho de autodeterminación.

Nacida en 1930, como intento de superar el confesionalismo, el tradicionalismo y el verbalismo radical heredados de Sabino de Arana, ANV es el primer proyecto serio de constitución de un nacionalismo moderno en el País Vasco. Su historia, sin embargo, va a manifestar tempranamente la dificultad de tal empresa, no sólo en lo que respecta a su muy limitada capacidad de arrastre de la afiliación nacionalista, sino por las propias contradicciones en la definición de una ideología y una política que rompieran con el aranismo.

"Acción" no consiguió constituirse en un partido sólido dotado de una militancia mínimamente numerosa. Pese a la significación de buena parte de sus fundadores en Comunión Nacionalista Vasca, éstos no fueron capaces ni de influir ideológicamente en el proceso de reunificación del nacionalismo (proceso que culminó en aquel 1930 en unión de "comunionistas" y "aberrianos") ni en la posterior ideología nacionalista, ni de afectar a la afiliación del nacionalismo histórico.

Reducido, pues, ea funcionar en buena medida como partido de notables, no consigue definir su espacio en una sociedad inicialmente tan polarizada como la vasca de 1931. Por otra parte, el error de sobrevalorar sus fuerzas y abandonar tempranamente el Bloque de izquierdas le condena a la inoperancia política o al testimonialismo prácticamente durante todo el período republicano.

En este trance de búsqueda de identidad, de espacio político y de aliados, se manifiesta la supervivencia de no pocos elementos del viejo nacionalismo: la tentación del "frente nacional", la episódica utilización de dicitos procedentes del más clásico arañismo contra el PSOE o la existencia de sectores del partido que se definen como ni de derechas ni de izquierdas, sino simplemente nacionalistas..., constituyen elementos que reproducen aspectos que el partido parecía haber superado formalmente.

No cabe en el breve espacio de una reseña recoger toda la riqueza de los temas propuestos por el libro de Granja, que justifica sobradamente su título, ya que acaba analizando no sólo "Acción", sino todo el marco político en que "Acción" se desarrolla.

En todo caso, y éste suele ser el pecado de los buenos trabajos, que suscitan muchos más temas de los que pueden responder, el libro plantea cuestiones que no reciben respuesta, como un estudio algo más detallado de quiénes y cómo eran los miembros de Acción Nacionalista Vasca y cuál la vida partidista. El excelente tratamiento de la ideología del partido, o de las grandes opciones adoptadas en los grandes momentos hubiera, quizá, debido complementarse con algún análisis más detallado de los diversos tipos de afiliación al partido (que imaginamos diferente en la numerosa organización de Baracaldo, que en Bilbao o en los pueblos de la zona vascofona). Quizá tal estudio hubiera permitido saber el por qué de la muerte sin sucesión de ANV, cuyos supervivientes parecen haberse mantenido en el ámbito del nacionalismo tradicional (con independencia de la ubicación de los actuales propietarios de la sigla), sin relación con lo que, por otras vías, ha acabado significando hoy la nueva forma de nacionalismo laico, el de Euskadiko Ezkerra. Y valga esta cita de actualidad para constatar el paradójico paralelismo entre los temas, sujetos, neurosis y planteamientos políticos existentes en Euskadi en los años treinta y en los ochenta, por encima de las tan importantes diferencias en casi todo.

Pero esto supone cambiar de tercio. El libro de José Luis de la Granja es, al margen de su utilidad para entender muchas de las cosas que hoy pasan en el País Vasco, un intento de acercarnos a la comprensión de los problemas de la Sociedad Vasca en los años de la II República. Todos hemos de felicitarnos de que se trate de un intento muy feliz y cumplidamente satisfecho.

Javier Corcuera Añiza

HROCH, Miroslav: *Die Vorkämpfer der nationalen Bewegungen bei den kleinen Völkern Europas. Eine vergleichende Analyse zur gesellschaftlichen Schichtung der patriotischen Gruppen*, Praga, 1968, 171 pp.

HROCH, Miroslav: *Social preconditions of national revival in Europe. A comparative analysis of the social composition of patriotic groups among the smaller european nations*, Cambridge University Press, 1985, 220 pp.

La temática del nacionalismo cuenta en la historiografía, sociología y politología españolas modernas de los últimos años con una amplia gama de estudios, que analizan el fenómeno del nacionalismo desde perspectivas muy diversas, bien a nivel teórico, bien empírico. El motivo de este gran interés es sin duda la configuración multinacional del Estado Español, cuyas implicaciones políticas, económicas y culturales marcan la sociedad española contemporánea mucho más de lo que después de 40 años de la "unidad de la Patria Española" decretada se pudiera haber esperado.

Sin embargo, y a pesar de la abundancia de los estudios, son pocos los que emprenden la difícil tarea de unir los aspectos teóricos y prácticos o empíricos del problema y que a la vez intentan generalizar los resultados de sus investigaciones, verificándolos bajo una perspectiva comparativa a la vista de otras investigaciones de casos parecidos.

Esta investigación comparativa con el fin de establecer tipologías, introducida y aplicada a la sociología sobre todo por Max Weber, es la herramienta metodológica básica de los dos libros arriba citados del historiador marxista no dogmático Miroslav Hroch de la Universidad de Praga. A pesar del indudable interés de las tesis de Hroch, publicadas primero en alemán en el año 1968 y ampliadas y reconsideradas en la versión inglesa de 1985, y a pesar de su impacto en la historiografía norteeuropea, han pasado aquí completamente desapercibidas. Al reducirse la barrera lingüística que ha impedido el conocimiento de los estudios de Hroch en España, con la publicación del libro inglés, merece la pena presentar algunos de los rasgos generales de los estudios del historiador checoslovaco para el lector castellanoparlante interesado.

Como indican los títulos de los dos libros, Hroch analiza el surgimiento de los movimientos nacionalistas de los pequeños pueblos de Europa Central y del Este, integrados en estructuras estatales dominadas por otros nacionalismos. Son esos pueblos que Engels subsumía en estricta lógica hegeliana bajo la categoría de «pueblos sin historia» condenados a desaparecer con el desarrollo del capitalismo. Hroch analiza concretamente los casos de los noruegos, los checos, los finlandeses, los estonianos, los lituanos, los eslovacos, los flamencos y el de la minoría danesa en el territorio alemán de Schleswig. Se interesa en primer lugar por la historia de cada una de esas nacionalidades, para después comparar y generalizar los resultados de sus análisis parciales. Fundamentalmente busca respuestas a tres preguntas básicas: 1. ¿Qué relación existe entre el desarrollo del movimiento nacional de estos pequeños pueblos y la fase de desarrollo histórico en la que se encuentran? 2. ¿Hay períodos característicos comunes

por los cuales pasan los movimientos nacionalistas de estos pueblos? 3. ¿Cuál es la estructura social de estos movimientos?

En opinión de Hroch, todos los movimientos nacionalistas analizados por él, pasan por tres fases de desarrollo que denomina «fase A, B y C». La primera sería la fase inicial del movimiento, en la cual un reducido número de patriotas, sobre todo intelectuales, comienza a interesarse por la historia, la lengua y la cultura de su nación, sin que este interés tenga todavía carácter político («period of scholarly interest»). En la fase B («period of patriotic agitation»), que para Hroch es trascendental porque crea las condiciones para la expansión generalizada del movimiento en la fase posterior, el interés cultural se ve completado por la agitación política concreta, cuyo objeto y sujeto ya no son solamente los círculos intelectuales. Finalmente, en la fase C, el nacionalismo se convierte en movimiento de masas («rise of a mass national movement»).

Integrando estas tres fases de desarrollo nacionalista en el marco histórico de desarrollo social y político, Hroch descubre cuatro tipos de nacionalismos. El primero, que define como «desarrollo nacional integral» («Integrated type of national development»), se caracteriza por el hecho de nacer antes o durante la revolución burguesa y la revolución industrial, llegando a su grado de plena expansión durante o algo después de la revolución, dando paso a la formación de la nación moderna y la organización de la clase trabajadora. El segundo tipo de nacionalismo, el nacionalismo «tardío» («Belated type»), no llega a su pleno desarrollo y a la formación de una nación moderna más que después de las revoluciones industrial y burguesa y generalmente también con posterioridad a la organización obrera. La mayor diferencia del tercer tipo establecido por Hroch, el «nacionalismo insurreccional» («Insurrectional type»), es el hecho de que su plena expansión, es decir, su paso de la fase B a la fase C, tiene lugar todavía dentro del marco de la sociedad feudal y antes del desarrollo capitalista e industrial, siendo acompañado generalmente por una lucha armada contra la "nación opresora". Por la cercanía o coincidencia temporal de esta lucha nacional con la revolución burguesa, cuestión social y nacional se entremezclan. La victoria del movimiento nacionalista, de la revolución burguesa y el desarrollo industrial dan paso a la constitución de la nación moderna, completada por la organización del movimiento obrero. Este «nacionalismo insurreccional» es el empíricamente menos estudiado por Hroch, que admite la carencia de estudios y fuentes directas; incluye no obstante los casos de Bulgaria y Macedonia en esta categoría. Con un análisis más pormenorizado cuentan los nacionalismos checos, noruego, finlandés, estoniano (tipo 1), eslovaco, lituano (tipo 2) y finalmente el flamenco, para el cual Hroch establece una cuarta categoría («desintegrated type»), que contiene los nacionalismos que nacen después de la revolución burguesa e industrial. Esta tipología se completa con el caso de una minoría nacional, que son los daneses en el territorio alemán de Schleswig.

Respecto al tercer problema que se plantea Hroch, el de la estructura social de los movimientos nacionalistas investigados, es tratado por el historiador checoslovaco primeramente dentro de cada uno de los capítulos dedicados a los distintos ejemplos, para posteriormente llegar a un gran bloque comparativo donde expone sus hipótesis generales. He aquí muy brevemente alguna de las conclusiones del estudio:

Ninguna de las clases o capas sociales analizadas dentro de los distintos movimientos nacionales está representada de una manera importante en todos los casos, por lo que para Hroch no existe una clase "necesariamente" nacional. No obstante, fue la "intelligentsia" la que mayor representación y protagonismo tuvo en todos los movimientos nacionales de los cuatro tipos. A pesar de ser la burguesía la "clase nacional" en la mayoría de los nacionalismos grandes e históricos de Europa, en el despertar nacional de los pequeños pueblos no tuvo gran influencia, asimilándose en la mayoría de los casos en el seno de las clases dominantes de la "nación opresora". Mucho más peso tuvieron la mencionada "intelligentsia", sobre todo los estudiantes, y el clero. Sin embargo, la situación cambia con la entrada del movimiento en la fase C, donde crece la importancia de la burguesía hasta tal grado que Hroch relaciona la fuerza del movimiento nacionalista en esta fase directamente con su capacidad de integrar a su burguesía.

Una buena investigación histórica no se califica solamente por sus respuestas nuevas a unos problemas científicos, sino también por la sugerencia de nuevas preguntas y perspectivas históricas. En este sentido los estudios de Miroslav Hroch son más que estimulantes. La crítica ha hecho hincapié sobre todo en la necesidad de determinar más exactamente las fuerzas impulsoras que provocan el paso del movimiento nacionalista de una fase a la otra. En términos más generales se podría añadir la pregunta sobre la validez de los postulados de Hroch para el análisis de los nacionalismos del sur de Europa, generalmente mucho más tardíos que los investigados por el historiador checoslovaco. Independientemente de la respuesta, las tesis sugerentes de Hroch merecen la pena ser conocidas y discutidas también por los interesados de la historiografía y sociología española.

Ludger Mess

VEIGA, Francisco: *La mística del ultranacionalismo (Historia de la Guardia de Hierro). Rumanía, 1919-1941, Barcelona, Universitat Autònoma de Barcelona, 1989, 287 pp.*

A pesar del razonable pesimismo de un Jürgen Kocka o un Hans Mommsen, hoy puede decirse que existe una visión global bastante formada sobre lo que fueron los regímenes dictatoriales europeos surgidos tras la Gran Guerra. Ello ha sido posible gracias a una dedicación temprana y extensa por parte de la historiografía europea -y también estadounidense- al estudio de aquel período como referente más inmediato de la sociedad actual. Hoy se debaten aspectos metodológicos e interpretativos -y otros de orden más propiamente político e ideológico- que completen o corrijan las visiones originarias (en este contexto de debate se entiende aquel "pesimismo razonable" del que hablábamos).

No ha sido ése el horizonte histórico con que se ha trabajado en este país -como, por lo demás, ya puso de manifiesto en su día Angel Viñas-. Por diversos motivos, pero, en todo caso, relacionados con la adaptabilidad y consiguiente pervivencia del régimen surgido de la guerra civil, los trabajos fundamentales de la historiografía española referidos a la época contemporánea raramente han sobrepasado los años treinta de este siglo. Una política restrictiva respecto a la accesibilidad de los archivos durante los primeros años de la democracia -que ahora comienza tímidamente a ser corregida- ha contribuido a que dicho estado de cosas, en cierto modo, persista todavía.

Probablemente, esta circunstancia hizo que fueran los politólogos y sociólogos quienes primero se preocuparan de estudiar e interpretar la naturaleza del régimen de Franco. Con todo ello (ausencia de trabajos históricos y presencia de disciplinas proclives al conocimiento especulativo) se favorecía la construcción de sofisticadas teorías sobre el franquismo apenas sustentadas por el dato empírico.

La longevidad del régimen español, y su consiguiente cambio en el tiempo, produjeron el espejismo de una radical discontinuidad entre éste y las otras dictaduras europeas de entreguerras -lo que, a su vez, desalentaba el estudio comparado-. Por su parte, la actividad editorial -incluida la producción especializada- ignoró, salvo excepciones, los más importantes trabajos europeos (ni De Felice, ni Lyttelton o Hans Mommsen, por sólo citar algunos de los inevitables, pueden leerse en castellano), lo que vino a completar una situación hecha de grises y ocre. Es así como la historiografía española, que, o bien seguía los pasos de sociólogos y politólogos, o se refugiaba en un estilo puramente descriptivo y localista, quedaba la margen del riquísimo debate en torno a los fascismos llevado a cabo especialmente en Italia y Alemania, pero también en Inglaterra, Francia e, incluso, Portugal -del que merece destacarse el monumental trabajo del historiador Renzo de Felice sobre el fascismo italiano-.

En este contexto del que no acaban de despejar los trabajos más recientes, se recibe "como agua de mayo" el libro de Francisco Veiga sobre la Guardia de Hierro rumana. Y ello principalmente por dos motivos. En primer lugar, porque alienta ese estudio comparado al que aludíamos. Estudio del que podemos obtener explicaciones a tantos fenómenos que nos parecen tan propios (después de todo, como sostenía Otto Hintze, las acciones humanas están condicionadas por fenómenos transnacionales propios de cada época e históricamente cambiantes). Un corolario de ello, en absoluto

despreciable, es el acercamiento a la referida tradición historiográfica europea. Y, en segundo, porque reivindica de forma radical la vuelta a la historia como forma más apta para el conocimiento del pasado de las sociedades.

En el libro, resumen de su tesis de doctorado, Veiga se propone cubrir tres objetivos: realizar una cata en la historia de un país de la historia oriental («esa mitad olvidada del continente», dirá Veiga), «llamar la atención... sobre todo un mundo de contactos e influencias» entre dos países tan remotos como son Rumanía y España -mucho más abundantes de lo que *a priori* pudiera suponerse-, y, finalmente, superando planteamientos rígidos y renunciando expresamente a generalizaciones absolutas, hacer una aproximación al tema del fascismo como concepto teórico desde el ejemplo concreto rumano.

Su contenido podría resumirse (por hacerlo con palabras, referidas a la historia general, de E.M. Cioran, vinculado en su juventud al movimiento *legionario* a través del profesor Nae Ionescu y el grupo Axa) como «una epopeya demente cuyo desenlace no implica idea alguna de finalidad» y que condujo a la autodestrucción de sus protagonistas -«Desgarradura»-).

La Legión de San Miguel Arcángel -núcleo originario y dirigente de la Guardia de Hierro (1930)- apareció en Rumanía en 1927 tras un proceso de fanatización y paranoia antisemita y antibolchevique de un grupo de jóvenes procedentes de la ultraderecha (la Liga para la Defensa Nacional-Cristiana, la LANC). Surgía en un país "joven" (su plena independencia del Imperio Otomano no se dio hasta 1878), con dificultades de articulación nacional y un nacionalismo exacerbado (el dramaturgo Eugen Ionescu se refería a sus compatriotas no sin maldad, como «animales nacionalistas»). Pero, al mismo tiempo, era un comunidad traspasada por antiguos desgarros y pleitos propios de las viejas sociedades europeas orientales (el "neoservilismo" en el campo, la herencia de una extensa burocracia estatal, el abigarramiento de razas, las disputas territoriales con Hungría y Rusia, etc.). Un país en el que, tras el poderoso impacto de la primera guerra mundial, tanto el precario equilibrio social como el sistema político surgido tras la independencia (un parlamentarismo restringido, similar al español de la Restauración) habían entrado en crisis permanente. Con una intelectualidad influyente y radicalmente nacionalista (nacionalismo con raíces campesinas y religiosas), una sociedad en la que las clases medias, la *intelligentsia* y el campesinado protagonizaban los movimientos de descontento social y donde la izquierda apenas sí se había desarrollado -probablemente, por lo exiguo de su industria y el extendido sentimiento antirruso-, los partidarios de la derecha y la ultraderecha competían entre sí por un electorado progresivamente movilizado.

Este era el país en el que surgió la curiosa Legión/Guardia de Hierro sobre la que no pocos estudiosos han vacilado a la hora de caracterizarla como fascista. No así el profesor Veiga, que no duda en considerar bizantino un debate planteado en esos términos. Por nuestra parte, creemos con el autor que no se trata tanto de construir modelos arquetípicos sobre la idea de fascismo como de conocer de aquellos casos históricamente definidos. En realidad resulta un intento vano tratar de definir morfológicamente el fascismo, ya que no fue sino «una alternativa política que embriagó temporalmente, y en dosis variables, a partidos muy diversos del espectro político europeo», y en el que, incluso en aquellos casos considerados más "puros", podemos encontrar

infinidad de «características propias, "desviaciones" y cambios estacionales producto de sus particulares procesos de adaptación» (p. 231). Es esa condición "proteica" del fascismo -sobre la que llamara la atención Palmiro Togliatti en sus *Lezione sul fascismo*- la que Francisco Veiga quiere resaltar en su estudio. Y es que, ciertamente, creemos que resulta difícil que desde formulaciones teóricas que traten de comprender el fascismo en base a ciertos elementos generalizables, sean éstos de orden social, ideológico, político, psicológico o de evolución de las sociedades -o su correspondiente combinación- podamos llegar a interpretar aquel fenómeno de forma convincente. El fascismo es «un concepto teórico -sostiene Veiga- que se puede escapar de las manos con cierta facilidad cuando se le intenta acotar en una definición» (p. 25). Creo que Ernst Nolte, más allá de su empeño de sistematización, ponía el dedo en la llaga al asegurar que la coincidencia en la época es frecuentemente más importante que otras diferencias en los presupuestos sociológicos y nacionales. Esa época para el fascismo, en opinión de Renzo De Felice, tal como le expresaba a Michael A. Ledeen en su famosa *Intervista* publicada en 1976, había que circunscribirla a la Europa occidental del período de entreguerras. A catorce años vista de aquella afirmación, creo que De Felice convendría con Francisco Veiga en eliminar el adjetivo a Europa, y hablar del «fascismo europeo de entreguerras». Un movimiento de gran versatilidad, asociado a la grave crisis por la que atravesó el continente tras la primera guerra y que participó, como tal movimiento, de un sentimiento -que renunciamos desde ahora mismo a definirlo aquí- de pertenencia a una única gran corriente en cuyo origen estuvo, tal como sostiene Emilio Gentile, un problema de integración social en la era de la política de masas que se imponía en Europa con el cambio de siglo.

En nuestra opinión, éste es uno de los aciertos más notables del trabajo en su propósito de acercarse al concepto teórico del fascismo. De un lado, el adoptar un marco de análisis suficientemente amplio -macroestructural, dice- que permite una perspectiva suficientemente flexible y no ordenancista. Y, de otro, y muy especialmente, situarse definitivamente en la óptica del historiador, eludiendo de ese modo definiciones de distinta índole que limitaran la comprensión de aquel suceso. Consecuentemente con esta perspectiva, Veiga renuncia a la discusión especulativa y se propone con su libro «ofrecer un ejemplo de esa extrema versatilidad a partir de un movimiento de masas, que hasta el momento era estudiado por los especialistas tan sólo a partir de sus rasgos más pintorescos» (p. 25).

Y es que, efectivamente, la Legión rumana fue uno de los movimientos fascistas más dignos de atención por su peculiaridad. Fue aquél un movimiento fundado por quien sería su jefe carismático, Corneliu Z. Codreanu, el *Capitan*, y un grupo de jóvenes ultranacionalistas entre los que destacaba el místico Ionel Motza -muerto luego en la guerra española-. Con un contenido programático e ideológico muy vago, su cultura política estaba asociada al nacionalismo de la intelectualidad rumana, a la mística religiosa de su fundador y a un antisemitismo muy extendido entre la población. Desde un principio renunció como movimiento al uso parlamentario para practicar un activismo febril. En sus métodos propagandísticos se combinaban ese activismo (del que son buena muestra los años "heroicos" de las campañas agrarias entre 1931 y 1932, pero también los campos de trabajo, los famosos *tabere*) con el uso de la

tradición campesina rumana (los *haiduci*, bandoleros justicieros sobre los que llamó la atención en su día Eric Hobsbawm) y una violencia, siempre individual, de raíz romántica y también local (*haiduci*). Su objetivo era la formación del "Hombre Nuevo" rumano (el *Omul Nou*) según los principios de un espíritu oriental -ortodoxo- y latino frente la ortodoxia de Rusia. Para ello la Legión, luego extendida a través de la Guardia de Hierro y todo el entramado económico-institucional desarrollado en los años que van desde 1934 a 1937 bajo la denominación de "Todo por la Patria", se transformó en la "escuela" de formación del "Hombre Nuevo". Sus bases estuvieron en el campesinado y la *intelligentsia*, los grupos sociales más intensamente afectados por el proceso de desclasamiento que vivió toda la sociedad rumana tras la primera guerra. Alcanzó a tener un 15,5% del electorado en 1937, lo que en una "democracia controlada" como la rumana no dejaba de ser un apoyo social importante.

Si aquélla fue una «epopeya demente» (Cioran), fue también la historia de un desencuentro: la del movimiento de masas con la derecha tradicional de tintes autoritarios. Los legionarios vivieron en un primer momento bajo una cierta aquiescencia de los medios oficiales y el patrocinio por parte del nacionalismo conservador. Esto duró, con altibajos, hasta 1937 en que el rey Carol II, que encabezaba el grupo conocido como *camarila* (un colectivo de empresarios impulsores del rápido proceso de industrialización de Rumanía y de políticos autoritarios, entre los que se encontraba el conocido teórico del corporativismo, Mihail Mainolescu), propuso a Codreanu sustituirle el mismo como *capitan* de la Legión. A cambio le ofrecía la entrada del partido en el gobierno en un primer momento, y la progresiva transformación del Estado en un Estado fascista. La negativa a esa propuesta, largamente buscada y esperada por el rey, fue, como apunta el profesor Veiga, el principio del fin para el movimiento legionario. A partir de aquel desencuentro, se entró en una espiral autodestructiva en la que hay que contabilizar una violentísima represión contra la Legión (con el asesinato de Codreanu en 1938), la progresiva intervención alemana en los asuntos rumanos hasta la definitiva participación de Rumanía en la guerra, la caída del rey Carol y su *camarila*, ciento treinta y un días de gobierno demente de los legionarios entre 1940 y 1941 que, tras una mezcla de insurrección y *progrom* salvaje de Bucarest, dio fin a la existencia operativa de la Legión del Arcángel San Miguel, y, finalmente, una especie de Estado fascista dirigido por el general Antonescu, ya sin los legionarios, entre 1941 y 1943.

Este desencuentro me parece decisivo para explicar el fracaso fascista en Rumanía (por lo menos con aquellos protagonistas: Legión y *camarila*). Y relevante, por lo demás, para delimitar los términos del debate sobre la supuesta condición de izquierdas de algunos fascismos y, en general, para apreciar la verdadera significación de aquel fenómeno en Europa. Sin duda el fascismo fue algo que trascendió el mero marco de ciertos partidos (que en las recopilaciones suelen ser considerados como "los" partidos fascistas), y tuvo que ver más ampliamente con todo un proceso de adaptación de las derechas europeas a la sociedad de masas del siglo XX, como muy acertadamente apunta el profesor Veiga. El rumano sería un caso, pero perfectamente pueden aducirse los casos alemán o italiano y, por supuesto, el español. Por otro lado, resulta muy sugerente constatar la coincidencia entre diversos grupos de lo que Veiga llama «fenómeno del fascismo en la Europa oriental» (la Cruz de Flechas húngara, la *Falanga* polaca, etc., y la propia Legión). Todos ellos fueron grupos que terminaron

enfrentándose muy violentamente a sus regímenes respectivos constituidos por la derecha conservadora y antidemocrática. Pues bien, en todos se da una presencia notable de la *intelligentsia* marginalizada -tan numerosa como grupo social en la contemporánea Europa oriental, y a la que Konrád y Szelenyi sitúan en el origen del comunismo de la zona. Coincidían, así mismo, en sostener entre sus presupuestos una importante promesa redistributiva del estatus social a favor de ciertos sectores de la población no favorecidos económicamente. Serían pues «movimientos» (según la acepción de De Felice) más difícilmente controlables desde arriba y más proclives, probablemente, que en occidente a una verdadera revuelta social. Aparece así de nuevo esa condición diversa del movimiento fascista y ambigua, a veces, en sus soportes sociales.

Si algo echamos en falta en el libro del profesor Veiga es precisamente esa panorámica del fascismo rumano tomado como algo más amplio que el fenómeno partidista legionario. Tras una exposición completa y perfectamente equilibrada y matizada de la historia rumana a lo largo del cambio de siglo y los primeros años del XX, el relato, en la medida en que la Legión va imponiendo su protagonismo, pierde caudal narrativo para irse difuminando la presencia de los otros grupos de la derecha y la ultraderecha (la LANC de A.C. Cuza, la misma *camarila* y su proyecto de liberalismo estatista, los liberales disidentes de Gheorghe Bratianu, ciertos sectores del Partido Nacional Campesino -el PNTz-, el Partido Nacional Agrario de Goga, etc.). En nuestra opinión, ello va en detrimento de una visión más compleja y más real de lo que fue todo el proceso de fascistización de Rumanía que continuaba en 1941 con el régimen del general Antonescu.

Haríamos, además, otro par de objeciones concretas al hilo de otras tantas obsesiones personales. Se tiende últimamente a situar el origen de distintos fenómenos del fascismo en determinados entramados "comunitarios" del mundo rural y en determinadas culturas desarrolladas en ese escenario. En lo que se refiere al soporte social de la Guardia de Hierro, Veiga avanza mucho con respecto a lo que en su día nos dijera Eugen Weber. Sin embargo, creo que es algo precipitado relacionar directamente la peculiaridad del entramado social campesino rumano, las comunidades *razeshi*, etc., con la explicación del éxito de la Legión. Sin negar esta circunstancia como hipótesis probable -antes bien afirmándola en lo que podamos conocer para otros ámbitos, y sin que ello sea trasladable, naturalmente-, la carencia aún en Rumanía de trabajos concretos que asocien ambos hechos, debiera hacer que el investigador adoptara, creemos, una actitud más prudente.

La otra objeción sería de matiz -y quizá un tanto injusta por eso mismo-. En nuestra opinión, Francisco Veiga, llevado tal vez por una excesiva aproximación afectiva hacia el objeto de estudio, descuida dar un tratamiento más extenso y crítico a la lógica mesiánica y violenta del movimiento. Una lógica que les condujo a los gravísimos sucesos de enero de 1941, en los que se cometieron hechos atroces contra la población judía. De este modo no destaca suficientemente, creemos, las consecuencias que las propias lecciones de Codreanu al incorporar la violencia a su pensamiento como un hecho catártico y excluir de la "comunidad nacional" a todo rival político -y, por supuesto, al judío "deicida"- tuvieron en el desarrollo de aquellos acontecimientos y otros similares.

Al hilo de este comentario quisiéramos añadir -sin que lo que sigue afecte al libro del profesor Veiga- que tal vez hoy, ante la ola de "objetivismo", en ocasiones bien intencionado, que nos invade (permítasenos el tópico), y que trata de "purificar" nuestra memoria histórica reciente, sea oportuno reivindicar, tal y como en su día lo hiciera Isaiah Berlin, el uso de conceptos y categorías morales también en el trabajo historiográfico. La búsqueda de la objetividad, creemos, no debe conducirnos a eludir la valoración lúcida de episodios lamentables del pasado. Tampoco a refugiarse, como es el caso de un manual sobre la guerra de reciente publicación, en un enfoque "estrictamente profesional" -erudito pero trivial en ocasiones- a la hora de elegir los temas y de formular las preguntas. Ello no implica, claro está, que defendamos, en el otro extremo, el puro alegato ético en el trabajo histórico -hecho frecuente también entre nosotros hasta hace bien poco-. No sería esto menos ajeno a lo que es la función propia de la historia de reconstruir verosímelmente el pasado.

Pero volvamos al hecho que destacábamos al comienzo. Decíamos que Veiga reivindica el método histórico como el modo más seguro de aproximación al pasado (él lo hace de modo práctico, a nosotros que le comentamos, nos toca la incómoda función de decirlo con palabras, que siempre, en estos casos, resultan excesivamente ampulosas y solemnes). Reivindicación, decíamos, que nos parece especialmente destacable cuando la historia ha venido sufriendo el asalto desmedido de las otras ciencias sociales -asalto frente al que se adoptó una actitud excesivamente receptiva y poco activa, como lo denunciara, hace ya tiempo, E.P. Thompson-. Si la labor del investigador implica el estudio de la experiencia humana en sus diversas facetas, combinando formulaciones teóricas previas con el más riguroso análisis del dato concreto y particular (Vaughan), si su cuadro explicativo debe incluir, efectivamente, la explicación causal y estructural, pero *también la genética* (Topolsky; el acento lo ponemos nosotros), si ha de descenderse de la tendencia al acontecimiento y al argumento intencional, el profesor Veiga lo logra de forma especialmente afortunada: lo hace sin que se note.

A ello le ayuda sobremanera la trabajada estructura del libro (la historia de la Guardia de Hierro entra progresiva y coherentemente en la historia de toda Rumanía hasta irse imponiendo definitivamente), y el estilo elegante y fluido de su prosa en la que no faltan incursiones literarias (véase, por ejemplo, la breve y deliciosa descripción de la ciudad de Iashi en la p. 52) y recursos de fina ironía, del que podría ser ejemplo la referencia, un tanto irrespetuosa, todo hay que decirlo, al "Hombre Nuevo" de los legionarios (p. 167).

Dicho lo cual, debe añadirse, sin pérdida de tiempo, que no por ello se abandona en una descripción simple e irrelevante, que bajo el ancho paraguas de la historia narrativa, olvida la propuesta de ésta en su globalidad. Sin entrar en un comentario global de ésta, destaquemos aquí que su principal exégeta, Lawrence Stone, insiste en no eludir en absoluto el análisis dentro del armazón narrativo, en poner el acento en el argumento, en lo que él llama «principio fecundo». Deben contarse las historias, pero sin renunciar al análisis. Así lo hace Francisco Veiga.

En efecto, Veiga nos cuenta una historia. Una historia que no se limita a ser la de la Legión/Guardia de Hierro sino que nos ofrece un rico y detallado fresco de lo que fue la Rumanía de principios de siglo, y que, como dice en el prólogo el profesor Ucelay Da Cal, nos permite imaginarnos a nosotros mismos en aquélla. Porque «lo

que cuenta finalmente -continúa- no son los parecidos... Lo decisivo son las preguntas que las similitudes subjetivas (u) objetivas pueden estimular». Y, ciertamente, la lectura de este libro incita a realizar nuevas preguntas sobre el que fue nuestro particular fascismo.

El libro de Veiga es, en efecto, inusual en la universidad española (Ucelay da Cal). Pero no especialmente por haberse atrevido con un tema forastero y haber entrado así en los circuitos de la crítica internacional -lo que ya de por sí es muy valioso, qué duda cabe-, sino por su propia calidad intrínseca como aportación a la historiografía europea. El de Veiga es un libro pionero, es un libro entrañable y es un libro perfectamente sólido. Un libro de buena historia.

Javier Ugarte

FRANÇOIS DOSSE: *La historia en migajas*, Ediciones Alfons El Magnànim, Institutió Valenciana di Estudis i Investigació, Valencia, 1988.

«Es esta noción de historia total la que me parece hoy problemática... Vivimos una historia en migajas, ecléctica, abierta a curiosidades que no hay que rechazar». Esta afirmación programática de Pierre Nora ha sugerido a François Dosse el título del libro que comentamos, publicado en Francia por Editions La Découverte en 1987. *La historia en migajas* es una historia crítica de la historiografía francesa de los últimos sesenta años; más concretamente, de la escuela de *Annales* desde su prehistoria hasta hoy. A través de sus páginas el autor nos introduce en el centro de los grandes debates historiográficos de nuestro tiempo. Este es quizás uno de los mayores atractivos de la obra; otro, el método que utiliza. Frente a esa historia en migajas, fragmentada, sectorializada, destemporalizada y deshumanizada que domina hoy el discurso *annalista*, Dosse apuesta por una concepción global de la historia y la aplica al análisis de la propia historia de *Annales* y de su evolución. «La historia hace al historiador tanto como el historiador hace a la historia», intuía Michelet; de ahí que el hacer del historiador haya que entenderlo en el marco del ambiente intelectual y de la sociedad de la que forma parte. La historia con sus vicisitudes ha atravesado la escuela de *Annales* y Dosse trata de entenderlo y explicarlo.

Aunque no lo expone de forma sistemática, es fácil deducir los tres factores que para el autor han contribuido al éxito de *Annales*. En primer lugar, una notable capacidad de adaptación a las mutaciones de la sociedad en general y de la francesa en particular. En las distintas etapas de su trayectoria, los *annalistas* fueron receptivos al mundo circundante, incluso a los efectos de las modas, participaron del ambiente intelectual dominante, al que acomodaron su discurso, y sirvieron a las necesidades ideológicas que el sistema demandaba en cada momento. En segundo lugar, *Annales* debe su éxito, no sólo al hecho de haber salido airoso de los sucesivos desafíos de las ciencias sociales vecinas y concurrentes (geografía, antropología, sociología...) sino de haber reclamado con éxito el papel unificador de todas ellas. Aunque a la postre, para Dosse «a fuerza de querer conservar la batuta sobre todas las ciencias sociales han acabado los *annalistas* matando la historia». Bien puede hablarse de victoria pírrica. Por último, el tercer factor a tener en cuenta es la eficaz estrategia de poder que supieron mantener en todo momento. Desde la ocupación de cátedras por la primera generación hasta la penetración en los medios de comunicación de masas por la última, pasando por el control de las más altas instituciones, *Annales* contó con la plataforma necesaria para su difusión y para la conquista de la hegemonía. Es éste otro de los aspectos de interés del libro, no frecuentemente tratado, que nos permite bajar (¿o subir?) al mundo del poder, de las influencias, de las "realpolitik" en definitiva. Y es que como ha reconocido el *annalista* Burguière, «todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder... la voluntad de convencer y la voluntad de poder están unidas como la luz y la sombra». Es cierto que la voluntad de poder por sí misma no es suficiente; hace falta una coyuntura propicia que se sepa aprovechar y la consiguiente capacidad de adaptación, porque para Dosse «una historia que se quiere dominante no puede ir en contra de la ideología dominante».

La obra se divide en tres partes, que corresponden a tres etapas o generaciones de *annalistas*. La primera: «Clio revisionada» (traducción discutible de *Clio Revisitée* del original) está dedicada a los padres fundadores Marc Bloch y Lucien Fèbvre que, apoyados en la herencia lejana de Voltaire y Michelet y en la más próxima de Henri Berr, comenzaron desde la revista *Annales d'histoire économique et sociale* (1929) sus combates por la renovación de la historia y del oficio de historiador. El ambiente intelectual de la postguerra incitaba a superar la historia nacionalista dominante en Francia desde la derrota de 1870 y la crisis del 29 reclamaba la atención sobre los temas económicos. Pero, sobre todo, es en el reto de la sociología durkheimiana donde hay que buscar el origen de la renovación historiográfica. Ya en 1903 Simiand había denunciado los tres ídolos de la tribu de los historiadores: el político, el individual y el cronológico y les conminaba a pasar del fenómeno singular al regular, que permite entre-sacar leyes y sistemas de causalidad y a desplazar la observación de lo individual a lo social; a la vez que desvelaba la ambición de realizar una síntesis pluridisciplinar.

Con este trasfondo hay que entender la obra de Bloch y Fèbvre. La nueva historia privilegia lo económico y lo social sobre lo político, minimiza lo factual, amplía el dominio del historiador a otros territorios (población, intercambio, costumbres...), se abre a las nuevas ciencias sociales... pero, sobre todo, define la historia como «la ciencia del cambio perpetuo de las sociedades humanas» y propone una perspectiva globalizadora y de interrelación entre los distintos niveles de lo real. Es el comienzo de la historia total.

«Los años Braudel» es el título de la segunda parte, dedicada a esta figura clave de la historia de *Annales* unida a su etapa de expansión. Porque Braudel fue sobre todo un artífice en materia de organización. Preocupado por consolidar y ampliar el territorio del historiador, consiguió un asentamiento institucional cada vez más sólido para los *annalistas*. Su adhesión al mundo atlántico le valió el apoyo generoso de la fundación Rockefeller y con los fondos de la Fundación Ford creó en 1962 la Casa de las Ciencias del Hombre. Desde posiciones de poder (VI sección de *l'Ecole Pratique des Hautes Etudes, Collège de France*) logró imponer los criterios de *Annales* en los concursos de Agregadurías y a través de la revista hacer de la historia la ciencia rectora de las ciencias sociales. Para ello, tuvo que adaptar su discurso a las demandas de los nuevos tiempos: «*Annales* cambia porque todo cambia alrededor de él; los hombres, las cosas, el mundo en una palabra». Así anunciaba Braudel en 1946 el cambio de nombre de la revista *Annales: économies, sociétés, civilisations*. Si la introducción de una palabra tan vaga como «social» en la denominación anterior apareció como divisa de una revista que quería «no rodearse de murallas» para conseguir atraer a las ciencias sociales al terreno de la historia, la desaparición en 1946 del término «historia» evoca la preocupación de ir más allá en el proyecto de aproximación.

En la sociedad en crecimiento de la postguerra lo económico interesa más aún que en los años 30. Junto al Mediterráneo, el capitalismo es el otro gran centro de atención de Braudel; pero un capitalismo definido en base al intercambio y no a partir de las relaciones de producción que, completado con su concepción de las «economías-mundo» en las que se da ordenación, simultaneidad y sincronía más que sucesión temporal, le permite oponer un modelo a las explicaciones marxistas. Con su concepto de la «larga duración» como respuesta a la ofensiva estructuralista de Lévi Strauss y el

protagonismo de la geografía, Braudel se aproxima a una «historia casi inmóvil» en la que la temporalidad se tambalea en la espacialidad y el arroz, el trigo y el maíz como personajes principales desplazan a un hombre que sufre la historia en lugar de hacerla. Si a ello añadimos la ruptura de la unidad temporal en varios ritmos heterogéneos, comprenderemos en qué medida se preparaba el terreno para que la tercera generación de *Annales* hiciera estallar la historia. Sin embargo, la historia braudeliana se pretende todavía ante todo síntesis y ambiciona a reconstruir la globalidad de los fenómenos humanos.

La tercera y más extensa parte del libro «La historia en migajas», está dedicada a esa tercera generación. Diríase que para mantenerse fieles al principio de adaptación y a la estrategia de poder, los nuevos *annalistas* se han visto forzados a traicionar la herencia recibida y hacer migas la historia. La ruptura fundamental con las generaciones anteriores es precisamente el rechazo de toda perspectiva globalizante, al renunciar a la síntesis; a la vez que se niega al saber histórico su capacidad para comprender el cambio. La explicación última hay que buscarla de nuevo en la adaptación de una modernidad que pretende borrar la conciencia histórica, a una sociedad que reclama de manera apremiante la necesidad de exorcizar el deseo de cambio; más aún, de negar su posibilidad. La historia cumple ya otra función: no se trata de explicar el cambio sino de prevenirlo, poniendo el acento en las permanencias y equilibrios del sistema social. Para ello nada mejor que la aplicación de los métodos de la antropología estructural a las sociedades occidentales. Con la nueva antropología histórica se ha conseguido la cuadratura del círculo: «la historia inmóvil», así bautizada por Le Roy Ladurie.

Si en esta última etapa de *Annales* ya no hay una figura que destaca y la dirección de la revista pasa a ser colegiada en 1969, tampoco hay una línea homogénea en la escuela. *Annales*, convertida en un "cogelotodo" se caracteriza por la diversidad de objetos y métodos que incorpora en las distintas ciencias sociales. Con la «historia serial», así calificada por Chaunu, ya no se puede hablar de historia, sino de historias, de múltiples series de objetos heterogéneos independientes con su propia cronología pero sin referente ninguno. Esta deconstrucción de la historia es celebrada por Foucault, que la aplica en la clínica, la locura, la prisión o la sexualidad.

La historia ya no explica, sólo puede ser intriga, relato (Paul Veyne) o mostrar-nos el espectáculo del mundo y su diversidad (Philippe Ariès). Lo imaginario, lo simbólico y lo mental aparecen como nuevos territorios privilegiados, pero desconectados del contexto social. Lo mismo sucede con la nueva temática de la vida privada, reflejo a la vez del repliegue de la privacidad. Una historia más combativa y cruzadista es la de los exclaustrados del estalinismo, que han descubierto un nuevo absoluto en el neoliberalismo (Furet, Richet, Le Roy...). Furet reconoce la vocación conservadora de este tipo de historia, «buen antídoto contra la historia manchestero-marxista», y en una nueva versión idealista de la historia establece hilo directo entre el pensamiento de Marx y el Gulag. Es en el marco de esta historia destinada a conjurar el cambio como hay que entender las nuevas lecturas de la revolución francesa, convertida en mito por unos, en contrasentido histórico por otros o calificada de totalitaria en su esencia como toda revolución.

Es cierto que este «estallido de la historia» no es reivindicado por todos los *annalistas*. Dentro de la escuela hay quienes se oponen, incluso se reclaman más o

menos deudores del materialismo histórico (Duby, Le Goff, Vovelle...), pero son los menos y la posición hegemónica del discurso conservador, que ha conquistado los "medios" y la cultura de masas, dificulta el desarrollo de corrientes alternativas. Alternativa que para Dosse pasa fundamentalmente por recuperar la perspectiva globalizadora y la interrelación de las distintas instancias de lo real, asignado a la práctica histórica la función de explicar el cambio social. Dosse valora la ampliación de los nuevos territorios realizados por los *annalistas* de los últimos años y el enriquecimiento del conocimiento del pasado que ha supuesto, pero apunta la necesidad de «buscar más allá de la multiplicación de temporalidades y de los objetos históricos un entramado dialéctico de éstos en una articulación que convenga de la mejor manera a lo que especifica tal o cual momento histórico». Pero el estallido, ya no de la historia, sino de la escuela de *Annales*, no depende para Dosse tanto de los historiadores como de la coyuntura social.

Es esta nota relativamente pesimista de las páginas finales la que me permito apostillar para terminar. La renovación de la historia ¿tendrá que esperar el Gran Día para prosperar? ¿o quizás a que el actual sistema se encuentre en momentos de expansión firme y de mayor "racionalidad" y oculte sus contradicciones más flagrantes para que tolere proyectos transformadores?. Sería caer en el determinismo y no pensar que el «combate por la historia» puede ser también parte del combate en la sociedad. Conviene recordar que ante la inevitable subjetividad, consciente o inconsciente, reconocida o negada, el hacer del historiador siempre es comprometido por acción u omisión en uno u otro sentido. Como decía Jean Bouvier «no hay historiografía inocente». Precisamente el singular mérito de esta obra es el haber tratado de "observar a los observadores" y de explicar no ya la historia sino a los historiadores.

María Cruz Mina